

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

## LA CRITICA AL SINDICALISMO

Puede que las condiciones económicas y morales de los pueblos europeos, la reagravación de la miseria y el aumento de parasitismo, males estos que dejan como rastro las grandes epidemias sociales—y la última guerra fué la más trágica y desoladora que recuerdan los siglos—, contribuyan a hacer más imperioso el estudio de los problemas de inmediata solución y de interés para el proletariado. De otra manera, ¿cómo se explicaría que una gran parte de anarquistas que antes de la guerra concedieron relativa importancia al movimiento proletario, se empeñen hoy en quintaesenciar el sindicalismo?

No se crea que nosotros negamos valor a las organizaciones económicas del proletariado. Cuando en nuestro campo se hacía individualismo literario y en muchos países de Europa los anarquistas discutían la conveniencia de activar o de abstenerse en la dirección y orientación de los sindicatos obreros, nuestra conducta estaba ya clara y terminantemente definida. Y es la definición de ayer, la norma de conducta que se trazaron los anarquistas de la Argentina para intervenir en las luchas económicas, la que nos pone al abrigo de esa influencia sindicalista que parece oscurecer el claro entendimiento de los más fuertes idealistas.

El anarquismo no debe confundirse con la lucha de clases. Justificar la existencia de un factor material que obra sobre los sistemas políticos y determina las luchas entre explotados y explotadores, no supone para nosotros la aceptación de la ley económica que Marx pretendió establecer con su materialismo histórico. De ahí que sostengamos la necesidad de sumar nuestras fuerzas a las del resto del proletariado, pero conservando siempre nuestra independencia de acción, nuestro tesoro ideológico, substraídos a la influencia letal del medio ambiente y rechazando todas las pretendidas realidades marxistas.

Hay, sin embargo, anarquistas que no creen conveniente mantener la crítica al sindicalismo, temiendo que esa actitud sea un obstáculo para la infiltración de nuestras ideas en el movimiento obrero. Puede que eso sea posible en países de una fuerte tradición reformista, donde el anarquismo no constituye una fuerza de opinión en el proletariado y la masa sigue ciegamente a los pastores marxistas de diverso pelaje. Pero no creemos que sea el más recto el cami-

no elegido por esos compañeros en su empeño actual de conquistar espiritualmente a la clase trabajadora organizada.

Si por adquirir representación y beligerancia en el movimiento obrero hacemos nuestro el programa sindicalista, ¿no es más que seguro que de todo haremos menos propaganda

organizaciones obreras, sin substraernos a las responsabilidades de la lucha contra todos los enemigos de la libertad, pero manteniendo nuestra posición frente al mismo sindicalismo.

La crítica al sindicalismo en lo que ese sistema de lucha tiene de reformista y en los varios aspectos de

la teoría de la "dictadura del proletariado" y al postulado de "todo el poder a los sindicatos" es materia de juicio, para combatir, desde los sindicatos de la F. O. R. A., a los organismos sindicales que dirigen y orientan los marxistas y neomarxistas del sindicalismo criollo.

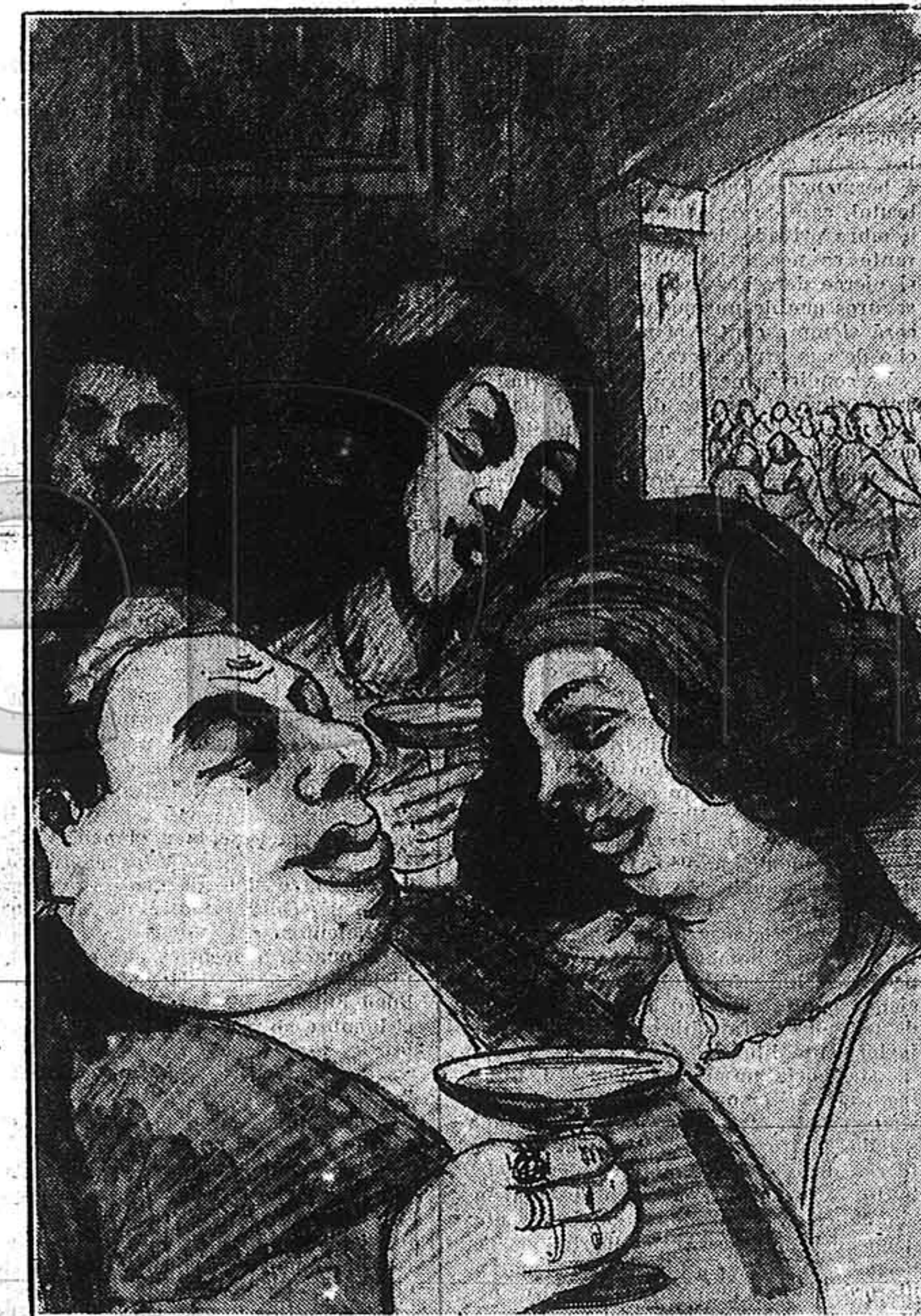
Consecuentemente con esa oposición al reformismo, mantengamos una oposición de doctrina a las tendencias que pretenden hacer de los sindicatos el medio y el fin de sus luchas. Y no sólo combatimos a los profesionales de la política, que ven en las organizaciones obreras un instrumento para sus ambiciones, sino que también a los que cifran en el sindicalismo la solución de todos los problemas humanos.

Desde el momento que un anarquista, aun cuando participe en la dirección de un sindicato y confíe al movimiento obrero la misión de divulgar y extender las ideas libertarias, abandona su posición de crítica a las "realidades económicas" y a los sistemas hechos, hace concesiones al reformismo y realiza en cierto modo colaboración en el terreno económico. Por mucha importancia que tengan las conquistas inmediatas para el proletariado y por muy importantes que sean ciertas soluciones de orden material, ¿es posible que aceptemos los medios de que se valen los dirigentes del sindicalismo para acallar el hambre de la masa o ilusionarla con el espectáculo de la próxima revolución?

Compañeros hay que, en vez de detenerse a estudiar los aspectos morales del sindicalismo — que precisamente después de la guerra sufrió una fuerte influencia autoritaria y se perfila actualmente como un sistema en embrión que busca su desarrollo al calor del mismo capitalismo, al que aspira a suplantarlo en el manejo de los órganos de producción y consumo —, y que en su empeño por conquistar las simpatías de la masa obrera, se han convertido en los más decididos propulsores de ese movimiento que sigue la trayectoria que Marx trazó teóricamente con su materialismo histórico. Porque otra cosa no significa ese empeño por valorizar viejas armas de lucha y reducir todo el problema de la revolución al éxito de una huelga general revolucionaria.

Si de una huelga puede salir la chispa inicial de la revolución que destruya el régimen capitalista. Pero sólo es un accidente de la lucha, más o menos previsto o seguro. Y poco importa, en ese caso, que los obreros empleen tal o cual arma de lucha, o prefieran la huelga en el terreno de la producción o, por el contrario, en el del consumo. Si no exis-

## PRO VICTIMAS JAPONESAS



—Dios tendrá en cuenta, hijas mías, los sacrificios que hacemos para aliviar las desgracias del mundo...

anarquista? Una cosa es aceptar el sindicalismo como un medio de lucha, y otra es plegarse a sus filas para seguir la corriente de acontecimientos que se producen a pesar de nosotros y contra el dictado de nuestra conciencia. ¿Cómo impedir esa repetición de errores y desviaciones que cada tanto deben lamentar los verdaderos revolucionarios que dan sus energías y sus desvelos a la causa de la emancipación proletaria? Ya lo hemos dicho: actuando en las cr-

su orientación hacia la conquista del poder político y económico — "todo el poder a los sindicatos" — no significa que los anarquistas sean enemigos de la organización y de la lucha contra el capitalismo. En la Argentina existe un potente movimiento proletario orientado por los anarquistas, y sin embargo los militantes de la F. O. R. A. no han hecho en ningún caso, y por ninguna circunstancia, concesiones ideológicas al sindicalismo. Nuestra oposición a

Una fuerza espiritual, consciente, dinámica, que mantenga la actividad del proletariado después de ese hecho inicial, es posible que la revolución se concrete en una conquista efectiva y segura...

Las reflexiones. En otra ocasión lo abordaremos más ampliamente. Pero si dejamos sentado que el sindicalismo nunca debe llegar a subordinar a su imperio económico las ideas...

La sociedad humana, a un desierto. Si no percibe miserablemente, que es lo más probable, no será más que un bruto, un mono, privado de palabra y de pensamiento...

ante la ley, la igualdad de los derechos políticos, la igualdad de los ciudadanos, no la de los hombres; porque el Estado no reconoce a los hombres sólo tiene en cuenta a los ciudadanos...

La comuna de París y la revolución social

Conferencia pronunciada por Miguel Bakunin en mayo de 1871 ante los obreros del valle de Saint-Imier SEGUNDA CONFERENCIA

(Continuación)

Queridos compañeros: He dicho la otra vez que dos grandes acontecimientos históricos habían fundado la potencia de la burguesía: la revolución religiosa del siglo XVI, conocida bajo el nombre de Reforma...

dad. Pero ¿qué es lo que constituye el fondo real y la concepción positiva de la libertad? Es el desenvolvimiento integral y el pleno goce de todas las facultades corporales, intelectuales y morales para cada uno...

El hombre no se emancipa de la presión tiránica que ejerce sobre cada uno la naturaleza exterior, más que por el trabajo colectivo; porque el trabajo individual, impotente y estéril, no podrá vencer nunca a la naturaleza...

Queridos amigos, todos sabéis por experiencia lo engañadora que es la pretendida igualdad política no fundamentada sobre la igualdad económica y social. En un Estado ampliamente democrático, por ejemplo, todos los hombres llegados a la mayoría de edad y que no se encuentran bajo el golpe de una condena criminal...

Y sin embargo, el programa de esta revolución, a primera vista parece inmenso. ¿No se realizó en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad del género humano, tres palabras que parecen abarcar todo lo que puede querer y realizar la humanidad en el presente y en el futuro?

La condición negativa de la libertad es esta: ningún hombre debe obedecer a otro; no es libre más que a condición de que todos sus actos sean determinados, no por la voluntad de otros hombres, sino por su voluntad y por sus convicciones propias.

Y he ahí, pues, una grande y funesta desigualdad social que encontraréis necesariamente en la base misma de la organización de los Estados: una masa forzosamente ignorante y una minoría privilegiada que, si no es siempre muy inteligente, es al menos comparativamente muy instruida.

Estamos empujados, de todas las direcciones, tanto de las religiosas como de las políticas. El pueblo está cansado de alimentarse de fantasmas, de fábulas. Este alimento no engorda. Hoy exige realidad. Veamos lo que hay de real para él en el ejercicio de los derechos políticos.

Ah, es que esa revolución no fué más que una revolución política. Había derribado audazmente todas las barreras, todas las tiranías políticas, pero dejó intactas — las bases económicas de la sociedad, que fueron la eterna fuente, el fundamento principal de todas las iniquidades políticas y sociales...

Esto no es todo. La libertad de los individuos no es un producto colectivo, es un hecho — un producto colectivo. Ningún hombre podrá ser libre aislado y sin el concurso de toda la sociedad humana.

Para llenar convenientemente las funciones, y sobre todo las más altas funciones, del Estado, es preciso poseer un grado bastante elevado de instrucción. El pueblo carece en absoluto de esa instrucción. ¿Es por culpa suya? No, es por culpa de las instituciones.

El niño dotado de las más grandes facultades, pero nacido en una familia pobre, en una familia de trabajadores que vive al día el día de su rudo trabajo cotidiano, se ve condenado a la ignorancia...

La pauvreté, c'est l'esclavage! (La pobreza es la esclavitud!) He ahí las terribles palabras que con su voz simpática que parte de la experiencia y del corazón, ha repetido varias veces nuestro amigo Clement, desde estos días que tengo la dicha de pasar en medio de vosotros, queridos compañeros y amigos.

Esta teoría, proclamada por J. J. Rousseau, el escritor que más mal causó en el siglo pasado, el sofista que ha inspirado a todos los revolucionarios burgueses, en teoría denota una ignorancia completa, tanto de la naturaleza como de la historia. No es en el pasado, ni en el presente, donde debemos buscar la libertad de las masas...

En cuanto a nosotros que no queremos ni los fantasmas ni la nada, sino la realidad humana viviente, reconocemos que el hombre no puede sentirse y saberse libre — y por consiguiente no puede realizar su libertad — más que en medio de los hombres. Para ser libre tengo necesidad de verme rodeado y reconocido como tal por los hombres libres.

En un Estado democrático, se dirá, el pueblo no elegirá más que a los buenos. Pero ¿cómo reconocer a los buenos? No tiene ni la instrucción necesaria para juzgar al bueno y al malo, ni el tiempo necesario para conocer los hombres que se proponen a su elección.

Si, la pobreza es la esclavitud, es la necesidad de vender el trabajo y con el trabajo la persona, al capitalista que os dá el método de no morir de hambre. ¡Es preciso tener verdaderamente interesado el espíritu en la mentira de los señores burgueses, para atreverse a hablar de la libertad política de las masas obreras!

La teoría del libre contrato es igualmente falsa desde el punto de vista de la naturaleza. El hombre no crea voluntariamente la sociedad: nace involuntariamente. Es por excelencia un animal social. No puede hacerse hombre, es decir un animal que piensa, que habla, que ama y que quiere, más que en sociedad.

Por esa libertad no es posible más que en la igualdad. Si hay un ser humano más libre que yo, yo me convierto forzosamente en su esclavo; si yo lo soy más que él, él será el mío. Por lo tanto, la igualdad es una condición absolutamente necesaria de la libertad.

En un Estado democrático, se dirá, el pueblo no elegirá más que a los buenos. Pero ¿cómo reconocer a los buenos? No tiene ni la instrucción necesaria para juzgar al bueno y al malo, ni el tiempo necesario para conocer los hombres que se proponen a su elección.

NOTICIAS

UN CUENTO DE OSCAR WILDE

Andrés Gide, que ha dedicado a Oscar Wilde un interesante estudio lleno de recuerdos personales, reconoce que si no fuera por su conversación, Oscar Wilde hubiera quedado entre sus amigos con la consideración debida a un talento vulgar...

Veis, pues, que la igualdad política, aun en los Estados más democráticos, es una mentira. Y lo mismo sucede con la igualdad jurídica, con la igualdad ante la ley.

Por otra parte, vosotros lo sabéis, cuando os encontráis heridos en vuestros intereses, en vuestro honor, en vuestros derechos, y queréis iniciar un proceso, para hacerlo debéis primeramente demostrar que estáis en situación de pagar los gastos...

En tanto que no haya igualdad económica y social, en tanto que una minoría cualquiera pueda hacerse rica, propietaria, capitalista, no por el propio trabajo de cada uno, sino por la herencia, la igualdad política será una mentira.

He ahí lo que los más grades héroes de la revolución de 1793, Danton, Robespierre, Saint-Just, no habían comprendido. No querían más que la libertad y la igualdad políticas, no las económicas y sociales.

Los Anarquistas — Estudio y Réplica \$ 1.— Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado) \$ 1.50 Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad \$ 2.—

El Estado (Su rol histórico) — El Estado Moderno Conferencias de KROPOTKIN — Primer volumen \$ 0.50 Cartas a una Mujer sobre la Anarquía — Interesante opúsculo \$ 0.50

FOLLETOS Sembrando Flores (Novela) \$ 0.30 La Ucrania Revolucionaria — Un viaje de estudio, por Agustín Souchy \$ 0.30 En Ucrania — La Sublevación Popular y Anarquista \$ 0.10

Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

blo, le preguntaron como las demás noches: — ¿Qué has visto? — Y él respondió: — No he visto nada.

LEON WERTH

A propósito de León Werth, un escritor que todavía no conocemos muchos por aquí, escribe Román Rolland:

León Werth es un gran artista y un hombre libre. Me es por lo tanto dos veces querido.

Veo en este altivo escritor al heredero de Mirbeau. Tiene su ironía vengadora, el desprecio poderoso, la sana misantropía y esa llama del arte cuyos esplendores iluminan la nada.

Yo conservo algunas. Creo todavía en los hombres. Existen. Ese mismo que, despojado de toda ilusión, sostenido solamente con el vigor de su ardiente vida, camina al borde del abismo, con una intrépida alegría que desdeña la esperanza — ese es un hombre.

Ese es León Werth.

Editorial LA PROTESTA

OBRAS EDITADAS POR ESTA CASA Y EN VENTA EN LA ADMINISTRACION PERU 1557 — BUENOS AIRES

Los Anarquistas — Estudio y Réplica \$ 1.— Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado) \$ 1.50 Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad \$ 2.—

El Estado (Su rol histórico) — El Estado Moderno Conferencias de KROPOTKIN — Primer volumen \$ 0.50 Cartas a una Mujer sobre la Anarquía — Interesante opúsculo \$ 0.50

FOLLETOS Sembrando Flores (Novela) \$ 0.30 La Ucrania Revolucionaria — Un viaje de estudio, por Agustín Souchy \$ 0.30 En Ucrania — La Sublevación Popular y Anarquista \$ 0.10

Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

la base misma de su existencia social y que condenan al pueblo a una esclavitud eterna. Pero ¿por qué el pueblo no ha de enviar a las asambleas legislativas y al gobierno a sus hombres, a hombres del pueblo?

Veis, pues, que la igualdad política, aun en los Estados más democráticos, es una mentira. Y lo mismo sucede con la igualdad jurídica, con la igualdad ante la ley.

Por otra parte, vosotros lo sabéis, cuando os encontráis heridos en vuestros intereses, en vuestro honor, en vuestros derechos, y queréis iniciar un proceso, para hacerlo debéis primeramente demostrar que estáis en situación de pagar los gastos...

En tanto que no haya igualdad económica y social, en tanto que una minoría cualquiera pueda hacerse rica, propietaria, capitalista, no por el propio trabajo de cada uno, sino por la herencia, la igualdad política será una mentira.

He ahí lo que los más grades héroes de la revolución de 1793, Danton, Robespierre, Saint-Just, no habían comprendido. No querían más que la libertad y la igualdad políticas, no las económicas y sociales.

Los Anarquistas — Estudio y Réplica \$ 1.— Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado) \$ 1.50 Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad \$ 2.—

El Estado (Su rol histórico) — El Estado Moderno Conferencias de KROPOTKIN — Primer volumen \$ 0.50 Cartas a una Mujer sobre la Anarquía — Interesante opúsculo \$ 0.50

FOLLETOS Sembrando Flores (Novela) \$ 0.30 La Ucrania Revolucionaria — Un viaje de estudio, por Agustín Souchy \$ 0.30 En Ucrania — La Sublevación Popular y Anarquista \$ 0.10

Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

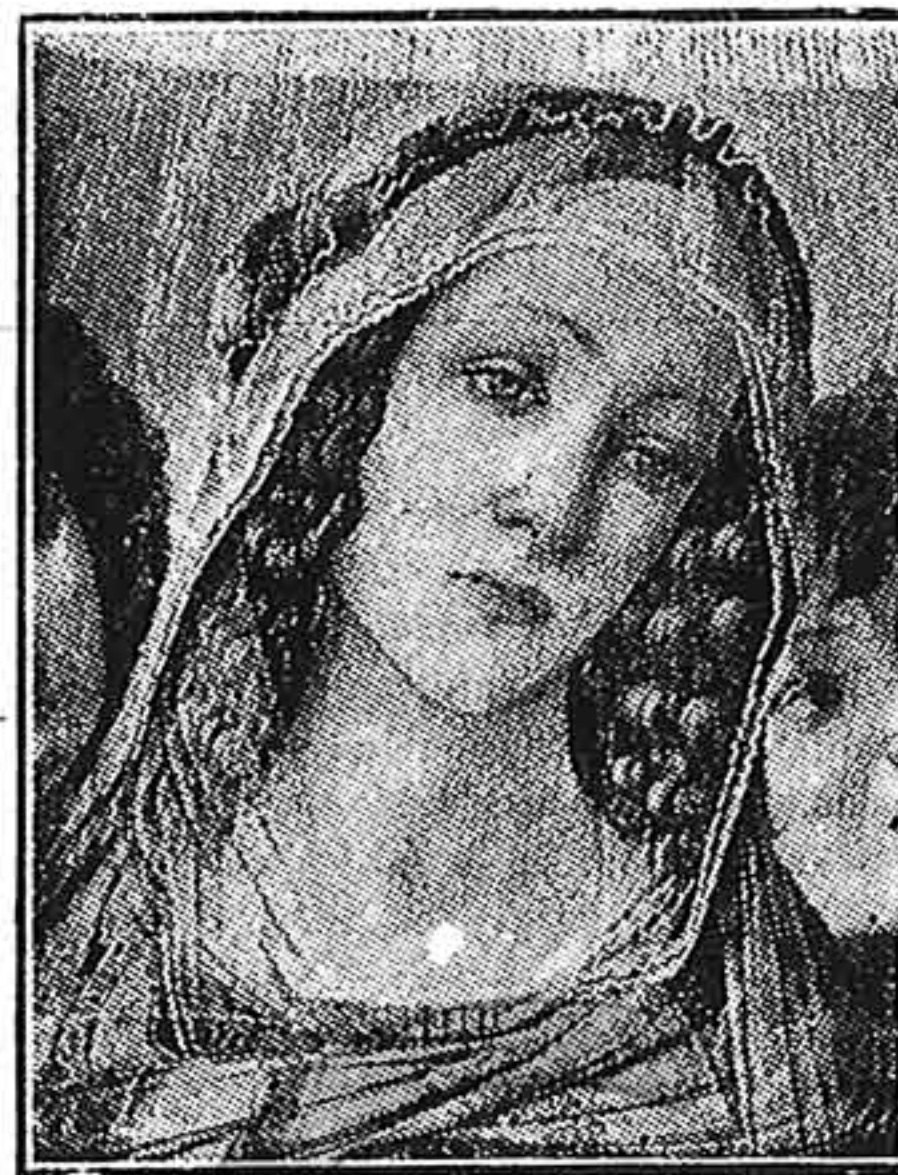
Resoluciones de la conferencia de las Organizaciones "Nabat" de Ucrania \$ 0.10 Carta Gaucha (5.ª edición agotada) \$ 0.10 Temas Subversivos — Doce folletos de SEBASTIAN FAURE, cada uno de los cuales trata los siguientes temas: La Falsa Redención — La Dictadura de la Burguesía — La Podredumbre Parlamentaria — La Patria de los Ricos — La Moral Oficial y la Otra — La Mujer — El Niño — Las Familias Numerosas — Los Oficios Odiosos — Las Fuerzas de la Revolución — La Conmoción Revolucionaria — La Verdadera Redención, cada uno \$ 0.15

(Continúa)

# Literatura-Arte-Ciencia

## EL RENACIMIENTO ITALIANO BOTTICELLI

Como todos los italianos, Guirlandajo es un decorador. Su estilo es demastado rígido para contar la paz de las tardes y de las comidas en el hogar. El hombre más enamorado del silencio y del hogar, no puede escapar al genio de su raza. A un pueblo que vive en la calle o se aso-



BOTTICELLI — Una "madona" (detalle)

ma a las ventanas al rumor de las peñas, de las canciones, de las conversaciones, de las fiestas, que tiene por espectáculo frecuente gestos de violencia o de amor, o una muchedumbre expresiva y viviente cuya mímica es otro lenguaje, que comprende todo de una ojeada, que divierten o apasionan, simultáneamente o por turno, los discursos de los oradores y de los comerciantes populares, no se le debe pedir que busque en la calma discreta de la existencia familiar la fuente de su emoción ni los medios de su acción. La pasión es reveladora de verdad y de heroísmo por caminos a menudo más dolorosos, pero también tan seguros como la meditación.

Como quiera que sea, Guirlandajo hizo entrar en la vida florentina y consiguió incorporar en las masas pintadas y en el espacio, el trazo nervioso de Filippo Lippi. Es un esfuerzo sorprendente en esa hora en que Botticelli, al contrario, tentaba de desprender ese rasgo de la materia de la vida para dar una animación ficticia a las abstracciones literarias del intelectualismo florentino. Sabemos que Guirlandajo tuvo nueve hijos, de los cuales varios pintores y sus discípulos, que trabajó sin descanso, y Vasari nos dice que poseía "un coraje invencible". Cuando se compara esta vida a la inquietud perpetua, a la incoherencia dolorosa, a la agitación de la de Botticelli, que se perseguía día a día, se comprende mejor el contraste. Allí un gran obrero, un poco de pesadec burguesa, poco lirismo, mucha fuerza y sañer; aquí un "cerebro alambicado", (Vasari) un deseo inmenso, sin cesar quebrado por la vida, de sobrepasar y de olvidar la vida. En Botticelli, la línea fría de Donatello y de Lippi no obedece sino a lo complicado, abstracto y en el fondo perfectamente obscuro de una

sensibilidad que se nutre con alimentos descompuestos. Esta exajera sus curvas, sus ángulos, exajera también la torsión de los miembros y de las cabezas, parece buscar en los desnudos de los hombres y de las mujeres jóvenes de Florencia, los signos de deceleración que menoscaban la energía de la ciudad. Antonio Pollaiuolo, casi en la misma hora, con la misma perversión intelectual y la misma acuidad nerviosa hacia extrañas investigaciones de color, mezclando tonos raros y preciosos en irrisaciones de aguas estancadas. La pasión italiana se desplegaba. El humanismo cogiendo en la fuente de Platón la flor casi marchita del alma antigua, le había apagado su perfume. El intelectual florentino, por haber querido comenzar por donde la Grecia había terminado, se veía forzado a transportarse a una esfera artificial en donde el elemento vibrante y viviente que, dá inagotablemente el mundo, estaba proscrito. El simbolismo natural de los poetas de la edad media revivía en planta de invernáculo, desconocido y enfermizo y debía morir al primer contacto con el aire ardiente del exterior.

Ningún artista expresa — sin saberlo — esta tragedia intelectual con mayor angustia que Sandro Botticelli, de imagina-

ción voluptuosa pero que sufre, y que se tortura hasta el fin, de no poder encontrar un acuerdo con el universo viviente que quiso y no supo sentir. El descubrió el misterio de los bosques y de las praderas, la fecundidad del mar y el salvajismo del viento. Amaba tan febrilmente la belleza desnuda, que antes de mirarla la retorció y quemaba en las llamas de su deseo. Amaba tanto las flores que las hacía flover del cielo cuando no encontraba más en la tierra. Pero sus flores exhalaban el perfume fúnebre de las flores muertas. En vano las teja en coronas y guiraldas, cargaba de claveles y de rosas, de jacintos y de verbenas los árboles negros, el césped, las brizas, los vestidos de gasa y los cabellos sueltos de los delgados antróginos que tratan de reanimar en sus telas las muertas primavera, las Venus marchitas, todas las diosas de las selvas y de las fuentes en las cuales él no creía más, las frutas, las flores, las formas desnudas acunadas acentúan su impotencia para restituir la vida en su fuerza indiferente. Obra artificial, ingéscisa, penosa, abortada, la más triste de la pintura.

Y sin embargo una de las más nobles. La ardiente inquietud que se siente en ella no hace sino resaltar la aspiración hacia una armonía intelectual que una cultura menos literaria y más plástica le hubiese permitido alcanzar. Si el espíritu está envenenado, el instinto permanece constantemente puro y grave, el artista



BOTTICELLI — La primavera

parece crucificado por el esfuerzo siempre vencido de arrancar su fe, siempre viva, de las complicaciones siempre reincidentes de una inteligencia mal equilibrada. La marcha y la danza, los desfiles profesionales, el impulso hacia el amor y la infancia, todo lo que tiene en el gesto los más bellos impulsos del corazón, todo conserva, a pesar de todo, en él, un majestad espiritual que los movimientos más raros y la composición más extraña no consiguen ocultar. Botticelli es la víctima de los estetas de su tiempo y también del nuestro. Aquellos lo han pervertido. Estos lo han desconocido. Su destino es trágico. Su gloria póstuma lo quiere, como su arte mismo, su vida y su muerte.

Este gran imaginativo a quien no faltó el gran hombre, sino la humanidad directa, concluyó en un devoto enfermo y corrompido. Es el destino común de la sensibilidad demasiado aguda que una inteligencia demasiado débil no ha sabido disciplinar. Sufrió, ciertamente, de haber mezclado, uno de los primeros entre los pintores del renacimiento, las afroditas y las vírgenes, los dioses paganos que no amaba sino por diletantismo literario con los dioses cristianos a los cuales volvía con un impulso de misticismo descorazonado, sin encontrar el reposo. Ilustró el *Inferno* del Dante con dibujos convulsivos que hacen pensar en una danza de locos en una nave de catedral. Siguió como un desesperado a Savonarola que levantaba a Florencia contra el espíritu de disgregación moral y de corrupción elegante llevado por el advenimiento de la tiranía y el reino del análisis y del cual su obra había sido un claro exponente. Debe haber sido dudado quemado, al lado del terrible monje, libros, cuadros y algunas de sus propias obras. Savonarola que pedía a los pintores que volvieran a la estética de Fra Angélico, no sabía seguramente que la obra del buen religioso era una de las fuentes del mal necesario que él había jurado extirpar.

Sabía bien que la forma es vencida por el espíritu, cuando entra en lucha con él, pero no sospechaba que el espíritu es vencido por la forma cuando él le pide que se exprese, y que la verdad divina no es a



BOTTICELLI — La primavera

en otra parte sino en el equilibrio constantemente perseguido, siempre aproximado, siempre roto y siempre espera cuando vuelve a romperse, de la forma y del espíritu. Su amor por el Angélico era, todavía y siempre, esa idolatría con la cual, tres siglos antes, Francisco de Asís había libertado a Italia.

Elie FAURE

## CHARLES COTTET

(Conclusión)

Y ello, no porque no fuera sensible él también a ese exotismo local tan sabroso, tan pintoresco y desde su mismo punto de vista, tan expresivo. Dos veces escapadas a Oriente, una hacia Argelia en 1893, en los mismos momentos en que exponía su *Caida de la tarde en el Camaret*; la otra en 1894, hacia el Egipto, con motivo de su beca de viaje, indican ya las facilidades tan raras que tiene para penetrarse del color y de la poesía de las cosas. Ese *Cementerio de El Kantara*, bajo el azul inmaculado del cielo africano y el rojismo ardiente de las abruptas rocas de la garganta; esos *Mercaderes de acéite*, en *Aissoul*, sentados al pie de sus vasijas; esa pequeña *Vendadora de caña de azúcar* en la fuerte claridad difusa del pleno mediodía; esas misteriosas bailarinas, en la profunda oscuridad de la noche, todos esos cuadros, dicen bastante que orientalista original y excepcional se revelaba en ese joven pintor, tan enamorado de esa salvaje y exquisita extrañeza, tan penetrado del sentimiento de los caracteres propios de la raza y del país, aquello que los viejos románticos llamaban el *color local*.

Más tarde todavía, y esta vez en la Bretaña, a menudo lo veremos librarse a representaciones de un carácter y de una naturaleza toda sensualista como, por ejemplo, en esa magnífica *Procecion* que se admira hoy en el Museo de Venecia y en la cual se complace en desplegar en la frescura de la mañana y la singularidad exótica de ese mar: bretón, las blancuras de los velos y de las cofias, los rosados de los estandartes y de los doreles, los dorados del viril y de las casullas; como esas *Vendadoras de cereales*, o también como esa merienda sobre el pasto en el *Pardon de Santa Ana la Patud*, que exhibe en plena luz un grupo de mujeres jóvenes, con abigarrados vestidos y en el cual se armonizan con una verdadera ciencia musical de los colores, los tonos más diversos en toques francos y puros.

Peró hay que ver exclusivamente en ellos los sabios ejercicios de orden exclusivamente pictórico, la solución buscada de ciertos problemas impuestos por su estética particular, atenta, escrupulosa, inquieta, bajo las apariencias de arrebatado, deseosa de aprender, de saber por ella misma y valientemente pronta a arriesgarlo todo. Problemas de formas, problemas de materias, problemas de coloración, problemas de concordancia sobre todo, es necesario ver en esos notables trabajos, unos estudios particularmente relevantes de entrenamiento.

Por lo demás, y ya que hemos escrito al principio la palabra "romántico", su mentalidad se acercaría, con todo lo que el arte contemporáneo ha traído de más consciente en la contemplación de las realidades, a la de los grandes románticos Delacroix o Pablo Huef. Esto se deduce fácilmente, por efecto de la elección



COTTET — Día de fiesta en Bretaña

de los temas que en la Bretaña lo han retenido ante esa naturaleza melancólica y atormentada.

A partir de ese momento, Cottet se con fina en el puerto bretón del Camaret, allá al final de la península, en el extremo occidental del mundo, frente al mar infinito o, por lo menos, de ese infinito limitado y suficiente para la humildad del hombre. Se encierra allí con esa naturaleza sencilla, grandiosa y salvaje, con esa población primitiva y contemplativa, y esta vez, penetrado bien de una y otra, se mezcla a ellas. Ya no le divierten ni le interesan los aspectos puramente de forma; un significado más elevado se desprende para él de las concordancias de esa humanidad con el estrecho rincón del universo donde sus hogares están pegados a las rocas, como simples caracoles o mariscos. Y así como Millet había pintado las luchas de los campesinos con la gleba y las estaciones, quiso a su vez y con su manera propia y después de tantos otros, sin duda, pintar las épicas luchas del marino con las olas. Pero en la lucha no le interesa la acción; su espíritu generalizador desprecia el hecho y el episodio, y su alma, contemplativa como la misma alma bretona, no se siente muy inclinada al drama. Veía lo patético, sobre todo, y su visión se conformaba al carácter local de esa raza resignada y silenciosa que aceptaba con una mezcla de fatalismo y religiosidad los rudos golpes de la suerte y las insesantes victorias del eterno enemigo, el mar!

En *Dolor*, obra que resume el trabajo de los diez últimos años, como el *Adios* resumía los esfuerzos de la primera etapa, Cottet aparece todo entero, con sus dotes primitivos y sus tradicionales afiridades, su temperamento espontáneo, violento, impulsivo y su espíritu de método y razón, siempre pronto a disciplinar los impulsos y a impedir las salidas de tono. Se demuestra con su realismo expresivo, esa sensibilidad enteramente rara ante los espectáculos de la naturaleza y de la vida y que da tanto color y relieve a su pensamiento; se demuestra con los hermosos arreglos de su composición — tan sabiamente equilibrada, sin rellenos de orden exclusivamente pintoresco y en la cual cada elemento tiene un rol definido, por efecto del lazo moral que una los actores y los comparsas, todo converge al centro del interés del cuadro. Es en tal sentido que Cottet parece ha aprovechado lo más útilmente los consejos que al principio recibió de Puvis de Chavannes. Se le vuelve a encontrar nuevamente de

cuerpo entero en esa obra, con la riqueza de sus armonías, con sus sonoridades tan graves y profundas, con sus concordancias a veces tan dolorosas y conmovedoras, con esa técnica especial y toda de él, de anchos toques francamente localizados y en hermosas uniones transparentes y de una factura que nunca es excesiva; pero que por la virtud de los "fondos" y de la preparación, da la ilusión del espesor y con el tiempo toma un brillo de más en más intenso.

En definitiva, puede considerarse a Carlos Cottet como uno de los más originales y de los más significativos artistas de la generación que se ha afirmado en la unión de dos siglos, e incluir a ese artista, tan independiente, aunque tan respetuoso de las grandes tradiciones, tan personal, porque se ha conservado sencillo y natural, sin forzar su talento con exageraciones y muecas, incluirlo, declinamos, entre las más vigorosas imaginaciones de nuestros tiempos, y sobre todo, como no es posible dudarlo, entre las conciencias más noblemente sentimentales y superiores?

Leoncio BENEDITINE

## Música (!) nuestra La última obra de Constantino Gaito

Hemos oído, en una de las excelentes audiciones de la Sociedad del Profesorado Orquestal, la última obra (la última temporalmente, por desgracia), del maestro argentino Constantino Gaito, a quien Dios y los hombres guarden; guarden de tal modo, que jamás nos vuelva a hacer oír música suya.

Se trata de un poema sinfónico, género que puede ser conducido puramente con medios musicales, como "Los preludios", de Liszt, "Muerte y transfiguración", "Don Juan" y "Vida de héroe", de Strauss, o por un plan tonal y de desarrollo a modo de comentario, que sigan paso a paso el plan literario, o sea el "programa", como en "Don Quijote", "Así habló Zaratustra", y la Sinfonía Alpina, de Strauss, o el "Tasso" de Liszt. En este último caso, la explicación del asunto es necesaria: en el primero, huelga. Pero en el poema sinfónico de Gaito, conociendo o no el argumento, jamás bi-

pedo alguno, desde don Leopoldo Laguerre a los ganos del Zoológico, es capaz de pescar otra cosa que lo que se busca en la música moderna: un goce sensual y pasajero.

Comienza la obra por una introducción en la que salta a la vista el rebuiscador que hace acordes al piano esperando la divina inspiración, que se presenta en forma de melodía lánguida y dulzona como una cantante de ópera italiana; y es ésta una melopea sentimentaloides, cursi, hueca, donde todos los elementos se confabulan para hacernos creer en algo increíble, gustar lo insípido y ver lo invisible. Esa pobre melodía comienza agradablemente, pero empieza a dar de traspés a los pocos compases, como quien subiese en la oscuridad la escalera del atillo... y no llegase nunca a él, porque el desarrollo melódico... ¡ah!, el desarrollo...

La cima de un desarrollo musical es el punto culminante de una obra, y en el poema de Gaito no existe tal momento; en cambio, tenemos el recurso detestable, al alcance del último musicastro, que consiste en acrecentar la sonoridad hasta el máximo de fuerza con que terminare un desarrollo, y dar así la sensación de plenitud orgánica; en otras palabras: se superponen el color y la sonoridad a la forma y la expresión.

Esta marcha de los temas a la cúspide suprema, que es casi siempre la tonalidad dominante de la inicial, es, sencillamente, una subida hacia las tonalidades claras, tal como lo entendieron Bach, Mozart, Beethoven, Franck, Brahms y Strauss; pero cuando los temas son pobres, resulta así como el vuelo de una tortuga a la que se hubieran colocado alas sobre la caparazón.

Gaito no es precisamente de los que escarban el fondo para enturbiar el agua y pasar por profundos: es de los que ni siquiera alcanzan a enturbiarla. Y ahora veamos la instrumentación.

Todo individuo que se cree músico (tómese nota), comienza por hartar con el uso immoderado del acorde de quinta aumentada y de disonancias paralelas; y al orquestar, jamás olvida la celesta, los "glisando" de las arpas, las trompetas con sordina, el tambor, los timbres, el xilofón, etc. "Lo que suene", es asunto secundario: la cuestión es "cómo suene", y no preocuparse por eso que es "CLARIDAD, ESTILO, MATEMATICA, LEY" (Nietzsche; El Caso Wagner).

Gaito pasa por un sabio de la instrumentación.

Dicho está que en patria de ciegos, el tuerto es rey.

Según los cretinos de la crítica oficial, la sabiduría consiste en emplear lo consagrado por el "buen gusto". Yo, que me río de todos ellos, sé muy bien que la sabiduría consiste en callarse cuando nada se tiene que decir; dicho sea para que Gaito lo aproveche.

Artus KRESSPEL.

MILLET Y LA CRITICA

Vu-stras vacas apestan a cuadro, decíale un mercader de cuadros. ¿No podrías hacerlas más limpias? Parece que salen del estercolero.

Millet replicó: — ¿Pues, de dónde querés que salgan? ¿De un salón? Mis vacas no frecuentan el mundo, solo van a la cuadra o al campo.

# LA ILUSION COOPERATIVISTA

Sobre la cuestión de la cooperación los anarquistas no han tomado nunca una posición clara y decidida en ningún lugar. Hay anarquistas favorables a la cooperación, otros son contrarios; pero la mayor parte permanece indecisa, y más que todo se deja guiar por las necesidades inmediatas o por las impresiones del momento.

Esta actitud de incertidumbre deriva de un doble contraste, que se manifiesta en la vida de la clase obrera, hasta entre la más subversiva y combatiente. Hay, por un lado, el ideal de una sociedad igualitaria en la que todos los hombres estarían unidos en voluntaria cooperación, y el actual estado de guerra entre las clases, que impone como primera necesidad la lucha revolucionaria e impide una verdadera cooperación de intereses. Y hay también contraste entre la necesidad revolucionaria, en los intereses inmediatos de categoría, y en el seno de la clase obrera, que tienden a desarrollar los egoísmos corporativos y a traer la división en la misma clase trabajadora.

Cuando dirijimos la vista al porvenir y queremos hacernos una idea de cómo estará organizada una sociedad igualitaria, esta organización se nos presenta precisamente como una vasta federación de libres cooperativas de producción y de consumo a la vez, en las que los hombres trabajarán, dando lo que les permitan sus fuerzas y tomando lo que sus necesidades requieran. Abolido el monopolio y, por consiguiente, el interés, y eliminada la autoridad gubernativa, toda la gestión económica se basará sobre el cambio de los productos entre pueblo y pueblo, entre el laboratorio y laboratorio, entre los varios almacenes de consumo, regulándose precisamente sobre el consumo, — sin necesidad de intermediarios interesados y sin el artificioso medio actual de cambio que es el dinero, que permite "capitalizar" la producción.

Pero si este es el ideal aproximativo, para un tiempo en que haya desaparecido la esclavitud del salariado, si las cooperativas pueden dar una pálida idea de como puede ser regulado el trabajo en la sociedad futura, estas cooperativas son, en la sociedad actual, verdaderamente útiles a la clase obrera y tales como para preparar la revolución necesaria, sin la cual toda idea de sociedad igualitaria sería siempre un vano sueño?

La utilidad de las cooperativas es muy relativa y problemática. De todos modos tiene resultados mínimos en lo que respecta a toda la clase trabajadora. Si hay utilidad, ella se limita, casi exclusivamente a los obreros componentes de cada cooperativa. Los otros obreros, los más próximos, pueden tener a lo sumo una ventaja indirecta. Pero también estas ventajas y estas utilidades son muy limitadas y difíciles de alcanzar, porque están subordinadas a condiciones de índole financiera, técnica y moral, dependientes del ambiente externo y de las leyes que regula la economía capitalista. De las muchas cooperativas que surgen entre la clase obrera, las que tienen éxito, en comparación con las que fracasan o llevan una vida demastado precaria, son pequeña minoría; y más pocas aun las que conservan inalterado el primitivo carácter de clase.

La cooperativa es, en la sociedad actual, una empresa capitalista como todas las otras, sujeta a todas las influencias y las dificultades del mercado económico. Su primera necesidad es el dinero, y bien sabemos que los obreros tienen muy poco dinero! En el campo de la concurrencia, pues, ella tiene noventa probabilidades sobre cien de sucumbir, y, para no sucumbir, los obreros cooperadores deben someterse a una especie de auto-explotación intensa, o buscar más vasto crédito por otras vías, es decir, por medio de apoyos políticos, otorgando un fuerte interés al que les presta el dinero o al proveedor de la maquinaria y de todos los instrumentos de trabajo.

En este último caso los cooperadores son, indirectamente pero no menos usu-

ariamente, explotados por los capitalistas en el terreno económico y esclavizados a los politiqueros en el terreno político. La clase obrera, por eso, corre grave peligro de ver perderse o corromperse precisamente a aquellas sus minorías escogidas que un vivo e impaciente deseo de liberación empuja al terreno de la cooperación.

El interés es uno de los resortes principales de actividad en la sociedad burguesa y, a causa de la defectuosa organización de ésta, es también el principal agente de corrupción. Hasta ayer el interés corrompía a los individuos; pero ahora que el sistema individualista va, poco a poco, siendo substituido por el sistema de las colectividades organizadas, tanto en el mundo proletario como en el burgués, el interés empieza a corromper también a las colectividades en bloque: — corrupción más peligrosa, pues que no ofende el honor personal de nadie, pero desgasta las ideas e impulsa insensiblemente a las organizaciones del proletariado, precisamente cuando más se ilusionan de hacer su interés de clase, a desviarse del recto camino.

Un secretario de liga o de cámara del trabajo que, aprovechando de su función, hiciera su interés personal transigiendo con el capitalismo, sería considerado como traidor, a un sindicato o a una federación de oficio que pactase con el gobierno o con los empresarios privados en interés de toda una colectividad, aunque para esto se pusiera contra los principios de libertad y contra el interés general y superior de la clase trabajadora?

Los obreros de las fábricas de armas y de los arsenales, por ejemplo, están interesados en el aumento de los gastos militares; los trabajadores de algunas industrias no tendrían trabajo si su industria no estuviese "protegida" por fuertes derechos de aduana, en perjuicio del resto de la población; los albañiles construyen las prisiones y las iglesias, los herreros confeccionan esposas y grilletas, etcétera.

Mientras el trabajo es organizado por empresas privadas, de capitalistas, los obreros hacen indiferentemente éste o aquel trabajo, sin responsabilidad propia, y no se preocupan de su origen o de su fin; y además el obrero puede, individualmente, substraerse al trabajo que más le repugne, cambiando patrón. En cambio, cuando se trata de una empresa cooperativa, accionada por obreros y en su propio interés, la responsabilidad del trabajo que se ejecuta, de los pasos dados para obtener la empresa, etc., concierne directamente a la organización obrera. Entonces son enteras colectividades de trabajadores que, por egoísmo de categoría, pueden caer en el peor oportunismo, ejecutando trabajos odiosos o antisociales, pactando con el gobierno para obtener subsidios o medidas proteccionistas; y así por el estilo.

Especialmente en todo lo referente a los trabajos públicos —salubridad, ferrocarriles, calles, edificios escolares, abastecimientos— los mayores dadores de trabajo son precisamente, los poderes públicos: municipios, provincias y ministerios. En este campo, la corrupción política y colectiva puede extenderse de un modo espantoso. En Italia ha habido escritores que han documentado muy bien la forma en que cierto cooperativismo volvióse, en ciertos momentos y en ciertas zonas, una forma larvada de parasitismo y de continuo mercado político.

Ha habido en Italia, antes de las destrucciones fascistas, cooperativas de trabajo muy florecientes, que reunían a millares de obreros, que hacían negocios por decenas y decenas de millones, e interesaban a toda la clase trabajadora de una provincia, — por ejemplo, Reggio Emilia y Ravenna, — las cuales constituían también imponentes clientelas políticas, cuyos intereses tenían necesidad de ser patrocinados no solamente en los debates del Parlamento, sino también y sobre todo en los ministerios, las prefecturas, los bancos, etc. Esto llevaba insensibil-

mente a las masas trabajadoras interesadas hacia la política reformista y de compromiso.

Tales cooperativas se inclinaban a no dar muchos dolores de cabeza al gobierno, cuando estaban por obtener adjudicaciones importantes, o anticipos de dinero, u otros favores. Por otra parte el gobierno, en vísperas de agitaciones obreras amenazadoras, encontraba el modo de frenar a la clase trabajadora de las zonas más enredadas en el cooperativismo, prometiendo nuevos y más importantes trabajos y permitiendo a las cooperativas los más lucrativos negocios.

Todo esto sucedía naturalmente sin necesidad de que las partes llegaran a compromisos formales y declarados, porque cada una de ellas obraba automáticamente, bajo el impulso de su interés de casta o de categoría. Las personas no contaban y su honestidad personal (salvo casos excepcionales) no estaba absolutamente en juego. Pero eso permitía el agravamiento del fenómeno, es decir, permitía que se crease cierta comunidad de intereses entre una clase gobernante y una clase de explotados, en perjuicio del resto de la colectividad, especialmente en perjuicio del proletariado que estaba fuera de los cuadros.

Los trabajadores de las cooperativas y los otros cuyos intereses estaban ligados a ellas, en ciertos momentos se hallaban interesados en no dar dolores de cabeza al gobierno y se abstendían, aunque un superior interés moral o político de la generalidad del proletariado imponía, en cambio, un despliegue de energía contra la clase dominante y los poderes públicos.

Así la burguesía y el gobierno, con un puñado de millones, que a ellos no les cuestan nada porque bien saben, con un provecho del tanto por ciento, recoger con la izquierda lo que dan con la derecha, están siempre en condiciones de comprar (es la palabra exacta), sino la adhesión, al menos el silencio de una parte de la clase trabajadora para todos sus desaguisados políticos y administrativos.

De este modo, hasta el gobierno más reaccionario puede atar a su carro a las más fuertes categorías de trabajadores, como ha atado a los empleados; éstos pueden muy bien hacer radicalismo y hasta socialismo en tiempo de elecciones, pero en substancia no se volverán nunca — salvo casos excepcionales — enemigos de las instituciones de que sacan su razón de ser.

Lo que decimos de los poderes públicos, podemos decirlo de los capitalistas privados.

Cierto, el desarrollo de la cooperación quita del medio a muchos intermediarios, arruina las empresas privadas más débiles — como por otra parte disminuye el artesanado — y todo esto al principio provoca conflictos y desencadena odios que dan a la lucha un aspecto revolucionario; pero los grandes capitalistas y las grandes sociedades financieras, los que poseen tanto capital que sólo una revolución podría quitárselo, no perderán nada y quizá ganarán la parte mayor del botín tomado a los vencidos en la concurrencia. Tendrán, además de este provecho, el de ligar a sí, dándoles crédito y trabajo, a las cooperativas de los obreros mejor organizadas.

Entonces asistiremos a la creación de una categoría intermedia de trabajadores, que será una nueva clase social, conservadora por interés, progresista cuanto se quiera, pero que impedirá la revolución y tendrá comunidad de intereses con una parte de la burguesía, contra la parte menos afortunada y menos favorecida de la clase trabajadora, la que será siempre la mayoría y tendrá sobre el cuello un yugo y una explotación.

Aun no siendo escépticos y admitiendo también que algunas cooperativas tengan muchas probabilidades de éxito y de prosperidad, esto es cierto: que tales cooperativas pueden prosperar sólo a condición de que no adopten métodos de lucha revolucionarios y queden extrañas a la revolución. Tenemos una prueba en este hecho: que las cooperativas de obreros de tendencias revolucionarias en Italia (y creo que lo mismo sucede en el exterior) no prosperan, quizá ni existen siquiera; mientras que las relativamente prósperas están dirigidas y controladas por re-

formistas, que practican la colaboración de clases por medio de los hombres políticos que las apoyan — a cambio, se entiende, de los votos electorales que los cooperadores les aseguran.

No quiero negar que sean posibles las cooperativas que no renuncien a los métodos y finalidades revolucionarias, particularmente en los oficios que no impliquen fuertes gastos para implantarlas — zapateros, barberos, braceros — al menos hasta que los progresos de la industria no hayan hecho imposible para ellas la concurrencia con el gran capitalismo. También son posibles las cooperativas en oficios que se pueden conformar con una instalación modesta, por ejemplo, las imprentas. Pero son tentativas de limitadísima importancia económica, restringidas a poquísimos obreros y que pueden durar sólo por el trabajo creado por éstos o, a ellos confiado por organizaciones y grupos revolucionarios.

Algunas veces ciertas empresas cooperativas pueden ser útiles a la causa, como en el caso citado de las artes gráficas, para la impresión de obras o periódicos que pueden ser boicoteados por las imprentas burguesas, o que, por razones especiales, no es prudente confiarlos a éstas. Pero son excepciones que, como se sabe, confirman la regla. El trabajo hoy, salvo en pocos oficios, no es posible sino a condición de que lleve completamente las exigencias del comercio y de la industria; y por consiguiente tiene necesidad de fuertes capitales para locales y maquinaria, además de un capital en circulación que permita la adquisición de la materia prima en espera de recoger los frutos del sucesivo trabajo. Los trabajos de edificación, por citar un ejemplo, pueden ser ejecutados con poco gasto en instrumentos de trabajo; pero una cooperativa constructora que haya tomado el encargo de levantar un palacio, y no pueda recibir el precio más que a trabajo terminado o casi, tiene necesidad de centenares y millares de pesos anticipados para la adquisición de toda la materia prima necesaria para la edificación.

Este capital las cooperativas podrán obtenerlo por medio de impuestos o tomando el material a crédito, pero en ambos casos deberán pagar un fuerte interés que disminuirá en mucho su ganancia. ¿Qué es, en substancia, el interés que la cooperativa deberá pagar a los capitalistas, por el dinero obtenido en préstamo o por el material dado a crédito, sino una forma de explotación indirecta en perjuicio de los obreros cooperadores, defraudados así de una parte del fruto de su trabajo? ¿Qué son para una cooperativa los pagarés firmados, que cada día se acercan a su inexorable vencimiento, sino una amenaza a la estabilidad económica de la cooperativa, un verdadero lazo en el cuello de los trabajadores?

Este capital las cooperativas podrán obtenerlo por medio de impuestos o tomando el material a crédito, pero en ambos casos deberán pagar un fuerte interés que disminuirá en mucho su ganancia. ¿Qué es, en substancia, el interés que la cooperativa deberá pagar a los capitalistas, por el dinero obtenido en préstamo o por el material dado a crédito, sino una forma de explotación indirecta en perjuicio de los obreros cooperadores, defraudados así de una parte del fruto de su trabajo? ¿Qué son para una cooperativa los pagarés firmados, que cada día se acercan a su inexorable vencimiento, sino una amenaza a la estabilidad económica de la cooperativa, un verdadero lazo en el cuello de los trabajadores?

Agréguese a esto el hecho de que obtener dinero en préstamo de los capitalistas, o máquinas y materias primas a crédito, no es cosa fácil. ¿Todo lo contrario! También para obtener este crédito es preciso que la cooperativa no espante a los acreedores con actitudes revolucionarias, y así se trata de acreedores que dan el dinero por interés político — como ciertas instituciones implantadas con tal objeto por los politiqueros — entonces la cooperativa corre el peligro de empeñar implícitamente a los obreros en una acción política que no esté en contradicción con los intereses políticos de quien los ha favorecido.

De cualquier modo la lucha de clases puede ser desnaturalizada y corrompida, y el movimiento revolucionario de la clase obrera obstaculizado.

Por muchas vueltas que demos, llegamos siempre a la misma conclusión: en línea general la cooperación, entrando en el engranaje del mercado económico burgués, es una forma de colaboración de clases, y puede resultar muy dañosa a la causa de la revolución.

*Luigi Fabbrì*

# Hacia el Federalismo Militante

## LAS FUERZAS HISTORICAS.—

La historia es una fuente fecunda en materia de experiencia. Si ahondamos nuestro espíritu, nuestras ansias de curiosidad en el laberinto de sus páginas lo que más impresiona nuestra mirada es la lucha antagonica e irreductible que desde todas las épocas y en todas las civilizaciones, ha existido entre los conceptos centralización e imperio, de un lado, e individualismo y federación, de otro.

Las grandes concentraciones humanas, los grandes imperios de Grecia y Roma, de España, Francia, Alemania o Inglaterra, se constituyen, lenta o violentamente, por un proceso de adhesión, de crecimiento de fuera hacia dentro, es decir, por agregación de parte, de núcleos afines o heterogéneos incorporados al centro primitivo de una nación. Pero cosa extraña, y que habla elocuentemente sobre el carácter preciso de las fuentes propulsoras de toda libertad, es el hecho siguiente: las grandes concentraciones políticas constituidas por incorporación de núcleos sociales antagonicos acaban a la corta o a la larga, por ser deshechas, por ser deshechas, minadas por las fuerzas libertarias que bullen en el seno de toda incorporación, de toda colectividad.

Tanto en las sociedades antiguas como en nuestras sociedades modernas el afán de dominio de los reyes o de los caudillos políticos, de los capitalistas o empresarios de negocios, se ha fundado siempre en los conceptos de centralización e imperio como medio de afianzar su poder.

En este punto el concepto romano, al que se ajustan los grandes concentracionistas de pueblos para dominar el universo, sigue siendo la norma moral, el criterio absoluto, de donde se extraen las fórmulas y los modos de imperar en la esfera colectiva de las sociedades. Pero si esto es cierto, también lo es que por debajo de esta corriente, de esta tendencia que lucha por mantener sujetos, reducidos a su fécula los núcleos humanos de sociedad, subsiste y forcejea otra corriente, la corriente libertaria de la historia, que trabaja subterráneamente la conciencia de la humanidad para emanciparla de todos los dominios, de todas las fuerzas opresoras de naturaleza política o económica, según el tiempo, según la edad.

Tomemos, por ejemplo, un imperio cualquiera. El que fué imperio español en tiempos de la monarquía de Carlos V. Antes de la conquista de Granada por los reyes católicos, antes de efectuarse la reconquista peninsular y la unidad política, España era un conjunto de reinos, de pequeños Estados independientes, constituidos azarmente, según afinidades raciales o necesidades orgánicas. Con la reconquista del suelo ibérico, antaño en poder de los moros, y el descubrimiento de América, España sale de los dominios humildes de pueblo chico para ocupar, en la historia, el puesto que anteriormente ocuparon el imperio griego de Alejandro el Grande; el romano de Julio César, el occidental de Carlomagno o el que más tarde ocuparán la Francia de Napoleón I o la Inglaterra de Jorge V.

Las fuerzas sociales que dieron forma a destrucción a esos imperios fueron siempre las mismas. Ateniéndonos, como decíamos, a España, vemos como por efecto de la conquista y colonización americana España crece de fuera hacia dentro, en un superpoblamiento de pueblos y de razas totalmente distintas de las que integraban el núcleo peninsular. A su vez dichos núcleos, con el andar del tiempo, se reintegran a sí mismos, se desprenden del centro de gravedad que constituía el dominio y el poder españoles para recobrar su independencia. Poco a poco todos los elementos integrantes se desprenden del conjunto y,

España queda reducida a sí misma, a sus propios límites y a sus diversas etnológicas peninsulares que a su vez pugnan, en la actualidad, por recobrar la propia independencia, aquella que les era inherente antes de constituirse artificialmente el vasto imperio español. Y lo mismo que decimos de España podríamos decir de Roma.

De la Roma primitiva asentada al flanco de una de las siete colinas. Que por adherencia de otras comunas llega, poco a poco, a constituirse en nación. Y que más tarde incorporará violentamente a su reino casi todo el mundo conocido. Para ser después deshecha por el oleaje humano del norte conocido, en la historia, con el nombre impropio de invasión de los bárbaros. Y que en la Edad Media nos dará aquellos magníficos ejemplos de federalismo sucedáneos del imperio y de la centralización que se conocen con los nombres de repúblicas de Venecia, Ginebra, Luca, Florencia, Siena, etc.

## FUNDAMENTOS SOCIALES DEL ANARQUISMO.—

El anarquismo es esencialmente federalista.

Hacer esta afirmación entre nosotros podrá parecer a algunos un concepto que está de más. Pero si profundizamos un poco los problemas mundiales del anarquismo, en la hora presente, veremos que se impone la necesidad para todos de reconsiderar este aspecto de nuestras ideas por la omisión que se ha hecho de él. Más todavía si tenemos en cuenta el desplazamiento moral y objetivo que hacia las zonas de la centralización y del imperio revolucionarios han tenido las luchas sociales de los últimos tiempos.

Si estudiamos imparcialmente la característica de la revolución universal, en sus efectos inmediatos, veremos que entre los elementos sindicalistas y anarquistas se ha producido, en general, una tendencia acentuada hacia la idea de las grandes concentraciones de masas, hacia la integración cada vez más extensa y concentrada de las fuerzas revolucionarias que representan o encarnan las aspiraciones económicas del proletariado militante.

La idea de frente único y de unificación obrera; la creación de una Internacional para movilizar a los trabajadores del mundo, en un momento dado, y la dictadura provisoria durante el periodo de transición son síntomas harto elocuentes que acusan, en una parte de los teóricos y de los revolucionarios del sindicalismo y del anarquismo, un estado mental alejado de los fundamentos sociales del verdadero anarquismo y una evidente aproximación hacia el concepto romano-marxista de centralización e imperio.

Una de las causas que, a nuestro juicio, contribuye más a perpetuar esas concepciones absorbentes es la idea de nacionalidad. Y no nos referimos aquí a la noción de patria, en el sentido que esta idea ha sido combatida por nosotros sino al concepto de nacionalidad como porción geográfica, como continuidad de conglomerado humano agrupado en forma de nación.

Son muchos los revolucionarios que no conciben una organización libertaria fuera de los límites trazados por las divisiones convencionales de los Estados burgueses, por encima o por debajo de las patrias actuales, del área periférica que conforma su histórica extensión.

Es una idea bastante generalizada que después de una revolución social las regiones que hoy interrumpen las naciones podrán organizarse sindical o anárquicamente y mantener la cohesión y la densidad de poblaciones impuestas por las costumbres, los idiomas o simplemente el hábito de estar juntos, por caprichos de la historia.

Esta idea de región permanente es de naturaleza muy peligrosa dado que genera, por reflejo, aquel otro estado mental que da origen, entre los revolucionarios, al concepto de organización obrera nacional y el que contribuye, con mucha eficacia, a crear y a mantener esas grandes concentraciones de masas agrupadas nacionalmente dentro de los límites de un país; que por imperativos supuestos, de luchas futuras, deberán asumir la función nacional de órganos directrices y reglamentadores de la producción y el consumo el día siguiente de la revolución. Estos dos conceptos, el de organización obrera nacional y el de permanente territorial son las dos ideas más peligrosas que amenazarán siempre una revolución y la causa de la confusión que los revolucionarios nacionalistas han traído a nuestro medio.

Veamos un poco lo acontecido en Rusia a propósito de su revolución.

La idea de nacionalidad y de centralización de todos sus elementos integrantes condujo fatalmente a Rusia al terreno del imperio, de la imposición y del dominio de los Comités Centrales de los Soviets, y, por consiguiente, a la subordinación de unas instituciones y de unos hombres bajo otros y a la necesidad de crear el poder para someter, mediante la fuerza, a los recalcitrantes, a los protestadores y a los insubmisos, es decir, a todos aquellos que querían atemperar la independencia de la región o de la villa, cuando no del hombre, ante los intereses nacionales y económicos de la nación.

La forma con la que los bolcheviques aplastaron el movimiento machonovista, prevaleciente del concepto de nacionalidad y de hegemonía que los grandes rusos pretendieron ejercer siempre sobre los pequeños rusos o rutenos, además de los factores morales que situaban a bolcheviques y machonovistas en planos antagonicos de organización, aseveran lo que dejamos dicho.

Digamos, ahora, que si esto fué posible se debe a que la mayoría de los revolucionarios rusos habían expulsado de sí el concepto de nacionalidad, en todas sus formas, por cuya causa existía en ellos un estado mental apropiado para mantener, a través de los azares de la lucha, los contornos nacionales de la Rusia actual. Pase esto entre los socialistas que han declarado oficialmente compatible el concepto de nacionalidad con el colectivismo de Estado. Pero ello resulta inadmisibile entre los núcleos del sindicalismo revolucionario y entre los sectores del anarquismo que dicen encarnar un ideal de liberación integral.

El anarquismo en sus fundamentos sociales es netamente federal y antinacionalista y no puede imponer ningún sistema de producción o de estructura colectiva invocando razones de nacionalidad.

## EL FEDERALISMO TANTO COMO ECONOMICO DEBE SER MORAL.

El federalismo tal como lo entienden muchos de nuestros camaradas es un concepto de naturaleza exclusivamente económica. El debe tener su aplicación en los dominios de la productividad y nada más.

Con esta limitación del concepto federalista se ha creado una mentalidad que acepta el hecho de la organización económica sobre una base federal en las organizaciones del trabajo sin hacer extensivo este criterio a la zona moral, al terreno de las autodeterminaciones de un núcleo cualquiera de habitantes deseadando organizarse al margen de las grandes concentraciones obreras o nacionales una vez triunfante una revolución.

Hasta el desmembramiento de un país no se considera un ideal muy deseable por

muchos revolucionarios. ¿Cuántos camaradas españoles habria — pongamos por caso — que no vieran con buenos ojos la desaparición histórica de España como cuerpo de nación y reorganizada a base de las regiones que constituyen tipos etnológicos incontables tales como castellanos, vascos, gallegos, etc.?

Y en Alemania ¿se resignarian los revolucionarios a un desmembramiento igual y a una reorganización libertaria tomando por punto y fin de partida las viejas agrupaciones históricas que constituyen los llamados Estados de Baviera, Baden, Renania, Westfalia, Hannover, etcétera?

En cambio es muy posible que esos camaradas aludidos vieran, con buenos ojos una desmembración del actual imperio británico y una reorganización, libre o independiente, de todos sus dominios como así de sus antiguos núcleos que dieron base al imperio — Inglaterra, Escocia, Irlanda — cosa que tal vez no sería del agrado de muchos revolucionarios británicos.

Así son las cosas y esto es lo que nos ha enseñado la última guerra en donde vimos cohonestar el concepto de nacionalidad, en su sentido histórico con las reivindicaciones libertarias de tantos revolucionarios que no habían llegado todavía a un estado de indiferencia ante la suerte histórica que pudo correr el área geográfica de la región en donde nacieron accidentalmente.

Comprendemos perfectamente que un hombre esté profundamente encariñado del paisaje, de la perspectiva que ofrece el punto donde nació. Concebimos que las costumbres y las amistades y afectos como así también la cultura de sus gentes les sean gratos. Y que, viéndolo libre de opresores, rechace, violentamente si es preciso, todo intento de dominación por parte de otros hombres que pretenden hacer de él un esclavo o de su comarca un feudo. Pero se nos hace cuesta arriba creer en los motivos y en las razones que pueda tener un revolucionario para defender las fronteras de su país sometido a un yugo cualquiera. Y no sabemos qué puede ofrecer de atractivo o de necesario para las efectioidades del pensamiento anarquista la defensa e integridad territorial del país de origen amenazado por la conquista militar de otros pueblos cuyos años, llegado el caso, no serian ni más buenos ni más malos que los antiguos subyugadores del propio suelo.

Confesemos, ante las últimas enseñanzas de la Gran Guerra y de las revoluciones subsiguientes, que el resoldo de la nacionalidad se halla muy calido todavía en el alma de muchísimos revolucionarios y que no son pocos los hombres, llamados avanzados, que ven su vida ligada a la suerte que corra su nación en los azares turbulentos de las luchas internacionales, en las rivalidades históricas o de raza, en el afán de predominio de un capitalismo sobre otro o de una cultura sobre otra. Y bien.

Este concepto, este error de perspectiva, sólo puede provenir, a nuestro entender de un olvido completo de sí mismo; de lo que somos nosotros para nosotros mismos y del fundamento esencial de nuestras ideas anarquistas, individualistas y federalistas, en el sentido anárquico de la expresión.

No basta que los revolucionarios, que los camaradas se digan federalistas, en los órdenes de la economía, en el terreno de la producción. Es necesario que en la esfera moral de nuestro pensamiento el federalismo no sea un término hueco sin vitalidad ni calor.

El federalismo debe tener por base la esencia de nosotros mismos, y por consiguiente debe ser un concepto de ética superior que se halle por encima de toda noción de Estado, de organización o de conglomerado humano, en cuyo seno nuestra personalidad, no sea respetada en sus voliciones, en sus derechos y en sus principios inalienables, de hombres que tienen el derecho indiscutible de decidir de sí mismos según sus propios valores, altamente humanos, de respeto y reciprocidad para con los demás hombres que viven en torno.

El federalismo económico no basta si no se halla abonado por un estado moral del productor que le haga dueño por

sus destinos y en consecuencia un ser pensante que se adhiera a nuevas formas de sociabilidad mediante propias necesidades, conscientes convicciones.

El federalismo no puede ser nunca una imposición, un forzamiento, ni obra de un decreto, sino una realidad material y tangible, descansando sobre esta otra realidad, de naturaleza insubordinable: el hombre.

Y para que él sea un hecho es necesario que los revolucionarios empleen por agotar, en sí, en su alma, todo vestigio moral y todo resoldo de centralización e imperio.

CACTER DEL FEDERALISMO MILITANTE.

En esta hora de prueba universal para la consistencia y efectividad de las ideas anarquistas, hemos constatado la verdad siguiente: el federalismo anarquista, más que una convicción era, en la conciencia de muchos, un término hueco para oponerlo, en las necesidades de la discusión, al concepto marxista de centralización e imperio.

El federalismo militante, más que un término de vaciedad, debe ser un hecho no sólo en nuestra conciencia, sino en las actuaciones sociales antes, durante y después de la revolución.

Y este federalismo, para que sea realmente militante, debe empezar por obrar, en todo momento y en toda circunstancia, de espaldas a todo poder, económico o político, revolucionario o legalitario.

Tanto en el estado de revolución como en los períodos pre-revolucionarios, su actividad específica debe caracterizarse por una obra y una acción salidas de sí mismo, a impulsos de necesidades individuales o locales, sin consultas previas, sin permisos o sanciones de nadie.

El federalismo militante no debe reconocer, en ninguna circunstancia, ningún poder, ningún derecho de intervención de los Comités Centrales con no importa qué denominación. El federalismo militante sólo deberá obrar teniendo en vista las necesidades, la voluntad y el espíritu de los hombres emancipados de todas las tiranías, de todos los tutelajes, situado siempre de espaldas a los dictadores, a los transmisores de órdenes, de acuerdos o decisiones, de carácter nacional o comarcal, de naturaleza económica, sindical o industrial, moral o revolucionaria.

Los problemas que algunos teóricos del revolucionarismo internacional han presentado al anarquismo, como ser: frente único, dictadura del proletariado o períodos de transición, constituyen, para el federalismo militante, problemas por entero desproblematicados, y, por consiguiente, no pueden infundirnos más preocupación que la de ver cómo algunos anarquistas se entretienen en plantear al anarquismo problemas que se son extraños, que no rezan con su ideal, y que no forman parte de sus características y modalidades, de sus tendencias y aspiraciones.

Si una revolución, de proporciones nacionales, por no romper la estructura orgánica de sus cuadros sindicales, industriales, históricos o morales, crea necesidades y períodos de fuerza, los anarquistas responderán que nada tienen que ver con dicha revolución. Ello podrá interesar a los nuevos patriotas, a los nuevos jefes, a los dictadores, pero no a nosotros.

Los anarquistas sabemos lo que queremos y no pueden alterar nuestros propósitos las ambiciones o las preocupaciones de los comisarios del pueblo o de los reglamentadores de la vida nacional, a base de centralización económica, de producción sindical o industrial, dentro de la vértebra de las organizaciones nacionales del trabajo, como ser la C. G. T. U. de Francia, la C. G. del L. de Italia, la C. N. del T. en España y sus similares del resto de Europa y de América.

El anarquismo es antinacionalista y repudia el concepto de nacionalidad que se halla implícito en la existencia y en la prolongación post-revolucionaria de dichas entidades. Siempre netamente federalista no puede aceptar otros modos ni sistemas de organización que no nazcan a impulsos de las necesidades de los hombres libertados del yugo político del Estado y del yugo económico del Capital.

La organización social post-revolucio-

naría debe ser post-revolucionaria y no trazada ni impuesta en épocas y estados anteriores a la revolución.

A nosotros no puede, ni debe, inquietarnos la preocupación de los nuevos guardadores del orden que, confundidos y abismados por el cómo organizarán la producción y el consumo del porvenir, se olvidan de forjar la mentalidad libertaria del presente, que a nuestro juicio es lo inmediato que se debe hacer.

El federalismo militante se desentiende, desde ya, de esas hipótesis necesidades que dicen creará la revolución, conformándose con decir que bajo no importa qué circunstancias, revolucionarias o legalitarias, obrará de espaldas al poder y en contra de todo poder.

Una de las características más pertinentes del federalismo militante debe ser el ataque sistemático contra todas las estructuras nacionalistas, sean éstas de orden político o económico, industrial o sindical, burguesas o proletarias.

La experiencia de los últimos acontecimientos sociales nos ha demostrado que el puntal más sólido, que el escollo insalvable, contra el cual han chocado las fuerzas morales y revolucionarias de los anarquistas, ha sido el sentimiento nacionalista. Y no llamamos aquí nacionalismo a esa sola idea de histórica nacionalidad, sino a todo ese conglomerado de concepciones que en el campo de la lucha revolucionaria se conoce con los nombres de producción y consumo nacionales. No nos referimos solamente a las organizaciones nacionalistas de carácter burgués, sino también a las de naturaleza proletaria, con todas las características centralizadoras inherentes a las instituciones burócratas de la sociedad.

Contra toda centralización de funciones, contra toda idea de subordinación y disciplina, contra toda manifestación de imperio y de absorción, deben actuar las fuerzas irreductiblemente federalistas del anarquismo, si queremos salir incólumes y con vida de este momento estúpido en que la atmósfera moral del mundo, henchida de autoridad, intenta sofocar, en todas partes, el grito libertario de nuestra historia.

Tanto en períodos de calma como en estados de revolución los anarquistas debemos combatir todas las formas de concentración de funciones, todas las centralizaciones de poder, todas las facultades que se abroquen los nuevos despotas, los dictadores, los secretarios o los delegados de cualquier entidad que sean, para imponernos una norma, establecer una función, política o económica, para la cual no se haya tenido en cuenta nuestra individual voluntad.

Hay que combatir insistentemente toda pretensión de fuerza, toda resolución tomada por los poderes orgánicos nacionales, que en nombre del Estado o del Sindicato, del Departamento Central de Policía o del Comité Central Obrero, nos quieran obligar a realizar una función que no esté de acuerdo con nuestra manera de pensar, con nuestra necesidad de vivir libremente, sin control ni ingerencia de nadie.

En los períodos de revolución la desobediencia a los poderes revolucionarios nacionales debe ser más intensa y fuerte que nunca, porque en la desobediencia, a las órdenes de los caudillos y de los sedicentes conductores de masas, de todos aquellos que se creen imprescindibles, se halla la salvación de toda revuelta, de toda revolución, moral y social.

De cara al porvenir y de espaldas a todas las estructuras nacionales, de cualquier carácter y denominación que sean, debemos obrar siempre los anarquistas si queremos acelerar, precipitar, la transformación orgánica de la sociedad.

NUUESTRA REVOLUCION.

Nunca se habló tanto como ahora del carácter que debe tener nuestra revolución y sus inmediatas consecuencias.

Antes de entrar en consideraciones sobre este asunto, creemos que todo camuflado debería plantearse esta previa cuestión. La Revolución Social, ¿debe implicar, o no, un cambio discontinuo de sociedad, una solución de continuidad entre las formas arquitectónicas de vida, propias del régimen burgués y la nueva vida libertaria? Del concepto que cada uno tenga de este problema depende todo acuerdo o toda disensión.

Para nosotros la revolución anarquista tiene que traer, como consecuencia, una

vida nueva, con estructuras sociales nuevas. Quiere esto significar que debe haber forzosamente un cambio discontinuo, una solución de continuidad entre la sociedad capitalista y el régimen libertario. Y creemos también que nuestra revolución, para que sea realmente efectiva, debe parecerse un poco a la que en la historia representó la invasión de los bárbaros que tuvo lugar en Europa a principios del siglo V.

Y decimos esto porque creemos que nunca como entonces se afirmó, en la historia humana a través de los siglos, un cambio tan completo de sociedad.

Antes de la invasión de los llamados bárbaros del norte, el mundo se hallaba completamente dominado por las legiones de Roma, que habían impuesto la hegemonía de su poder en Europa y en el norte de África como ningún pueblo lo hubiera hecho hasta entonces.

Como todo imperio, Roma era un poder esencialmente militar y centralizador. De golpe hicieron irrupción en la periferia del imperio romano unos hombres sedicentes bárbaros, extrañamente vestidos, de talla y armadura descomunales, que sembraban en torno el espanto y el terror. Las legiones romanas fueron pronto impotentes para contener a aquellas enormes avalanchas de hombres salvajes de no sabiase dónde que en masas interminables devastaban todo cuanto hallaban al paso.

Pero digamos aquí, para consuelo de los timoratos, que aquellas oleadas humanas de vándalos, de suevos y alanos que precipitadamente corrían de norte a sur, para asentar su vida en las fértiles campiñas meridionales y embajagarse con el mosto de sus lagares, no eran tan bárbaros como se dice, puesto que llevaban en el brillo de sus sables pavorosos, una nueva estructura, un nuevo concepto de organización social que más tarde se extendería por Europa y vendría a constituir la esencia de aquel régimen liberal de la Edad Media, de base netamente federal.

Si, los bárbaros, tan menospreciados por la historia, y contra quienes los historiadores de la Iglesia y del Estado histórico han vomitado tantas infamias, llevaban, en la estridencia y chirriar de sus armas, el elemento básico de la libertad medieval que debía imperar en Europa durante gran parte de la Edad Media y que legó a la posteridad aquellas síntesis maravillosas de organización social a base de federación de calles, de aldeas y municipios, en el orden que llamaríamos político, y la federación de hermandados, de gúildas y de gremios en el orden económico.

Todo cuanto hubo en el mundo de libre durante la Edad Media fue hijo del bárbaro. Y no porque éste hubiera asimilado del romano ninguna circunstancia política o sistema de organización. El bárbaro nada quería del romano. To-

do cuanto éste había creado en el mundo le era odioso. Entre la vida antigua, hija de la Roma imperial y centralizadora, y la vida medieval, hija del bárbaro, la historia señala un cambio discontinuo de estructura tan profundo como era profundo el abismo moral que separaba al romano del bárbaro.

El individualismo feudal y el federalismo urbano, he ahí las dos fórmulas de sociedad, hijas de los invasores del norte, que se superpusieron al concepto político de centralización e imperio de la Roma conquistadora.

Dada esta circunstancia histórica, y la profunda división moral y económica que separa la concepción burguesa del criterio libertario, no vacilamos en afirmar que nuestra revolución debe parecerse, por sus efectos, a la invasión de los bárbaros, no para identificarnos con ellos, en modos y formas de ser, sino como punto de referencia y mediante las distancias morales y temporales que existen entre el bárbaro del siglo V y el revolucionario del siglo XX.

Se infiere, pues, de esta premisa que nuestra revolución será, eminentemente destructora del actual orden burgués.

A nuevas épocas y nuevos conceptos, deberán corresponder también nuevos sistemas de organización, si no queremos que la revolución sea una palabra desprovista del concepto diferencielado que separa fundamentalmente el nuevo orden del viejo.

Para una revolución de esta naturaleza está de más el problema de la llamada transitoriedad. Para el bárbaro no hubo períodos de transición. Y para realizar su ideal, no había instituido nada. No había creado organismos a los cuales se viera obligado a someter sus decisiones. El bárbaro no tuvo necesidad de romanzarse para dejar de ser romano. Fue bárbaro y nada más. Su vida se yuxtapuso a la vida del romano y vivió según su mentalidad. Lo que importa, pues, en la hora presente, es crear ésta si creemos en la efectividad y justicia de nuestras ideas.

Todo revolucionario debe convencerse de esta verdad elemental. Los poderes, surgidos de cualquier revolución que sea, no pueden tender nunca a su desaparición, por voluntario consentimiento, sino a la intensificación de sí mismos por imperativos de su propia función.

Contra las tendencias autoritarias y centralizadoras de este momento, agitemos sistemáticamente los conceptos básicos del federalismo militante si queremos preparar la nueva mentalidad del porvenir que hará efectiva nuestra revolución.

Enrique Cifredo



—Amo las canciones de amor... —¡Escúcha, entonces, la canción de amor de los pueblos!